

Miguel León-Portilla

*La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## ACCIÓN Y PRESENCIA CÓSMICAS DE OMETÉOTL

Es ahora cuando —sobre la base de las varias ideas y atributos estudiados acerca de *Ometéotl*— responderemos al problema planteado por H. Beyer acerca de un posible panteísmo en la concepción náhuatl de la divinidad y del mundo. Según Beyer:

El dios del fuego, *Xiuhtecuhtli*, llegó a convertirse en una divinidad panteísta que todo lo compenetra e invade y que recibe también los nombres de *Huehuetéotl*, “dios viejo”, *Tota*, “nuestro padre”, y *Teteu inán, teteu ita*, “madre y padre de los dioses”. Originalmente es, como lo indica su nombre, “Señor azul”, el dios del cielo diurno, un dios solar. Y como también era el Sol para los mexicanos la fuente original de toda la vida terrestre, desempeña también la misma función que el viejo dios creador con el que se identificó por esta causa...<sup>76</sup>

Es cierto que *Xiuhtecuhtli* (Señor del fuego y del tiempo) se identifica en varios de los textos que hemos citado con *Huehuetéotl* (el dios viejo), con *in Tonan, in Tota* (nuestra madre, nuestro padre), que son igualmente *in Teteu inán in Teteu ita* (madre y padre de los dioses), y que esta pareja se iguala también en otros textos con *Ometecuhtli, Omečíhuatl* y, en una palabra, con *Ometéotl*.<sup>77</sup> Por otra parte, es asimismo cierto que, especialmente entre los aztecas,

<sup>76</sup> Hermann Beyer, “Das aztekische Götterbild Alexander von Humboldt’s”, en *op. cit.*, p. 116.

<sup>77</sup> Aun cuando ya se han presentado, tanto en éste como en el capítulo anterior, los textos a que estamos aludiendo, sin embargo, para facilitar la comprobación de la afirmación global que ahora se hace, damos una lista de los lugares donde ocurren las identificaciones mencionadas: *Xiuhtecuhtli* es identificado con *Huehuetéotl* en *Códice florentino*, lib. VI, f. 34r y f. 71v; *Huehuetéotl* se identifica con *in Tonan, in Tota* y con *in Teteu inán, in Teteu ita* en *loc. cit.* del *Códice florentino*; *In Teteu inán in Teteu ita* (madre y padre de los dioses) se identifica con *Ometecuhtli, Omečíhuatl* en *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en *op. cit.*, p. 228; en el *Códice florentino*, lib. VI, f. 148v, etcétera.

considerándose al sol como principio supremo, se le invocaba también con los nombres de “nuestra madre, nuestro padre”, como lo prueba, entre otros, el siguiente texto en el que, hablando ante el cadáver de la mujer muerta de parto, le decían:

Levántate, ataviate, ponte de pie,  
goza del hermoso lugar:  
la casa de tu madre, tu padre, el Sol.  
Allí hay dicha, hay placer, hay felicidad.  
Conducete, sigue a tu madre, a tu padre, el Sol...<sup>78</sup>

No puede, pues, negarse a Beyer lo bien fundado de las identificaciones propuestas en su breve ensayo a que nos hemos estado refiriendo. Lo que tal vez sí puede discutirse es su rápida afirmación de que *Xiuhtecuhtli*, o si se prefiere, habiéndose demostrado ya su identidad, *Ometéotl*, “llegó a convertirse en una divinidad panteísta que todo lo compenetra e invade”.<sup>79</sup> En primer término hay que decir que, filosóficamente hablando, el término *panteísmo* implica sentidos tan diversos —como lo muestran, entre otros, los conocidos diccionarios filosóficos de Lalande o de Eisler— que su empleo, en vez de aclararnos cuál era la naturaleza del pensar teológico de los *tlamatinime*, se presta más bien para introducir vaguedad y aun confusión. Por esto, en lugar de hablar simplemente de *panteísmo*, preferimos esbozar una interpretación específica del pensamiento náhuatl, sin apartarnos un momento de los datos ciertos aportados por los textos ya estudiados.

Se ha visto que, en su afán de encontrar “lo único verdadero”, llegaron los *tlamatinime* hasta la más abstracta concepción de *Ometéotl Moyocoyatzin*, el dios dual que “se piensa o inventa a sí mismo”, en ese “lugar” metafísico llamado de la dualidad (*Omeyocan*). Y esto, más allá de los cielos y de los tiempos, ya que el mismo *Ometéotl* es quien impera sobre ambos, como lo prueba su nombre de *Xiuhtecuhtli* (Señor del tiempo y del fuego). En *Omeyocan*, “en el treceno cielo, de cuyo principio no se supo jamás...”,<sup>80</sup> como

<sup>78</sup> *Códice florentino*, lib. VI, f. 141v; AP I, 37.

<sup>79</sup> Hermann Beyer, *loc. cit.*

<sup>80</sup> *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en *op. cit.*, p. 228.

nota la *Historia de los mexicanos*, existía *in nelli téotl*, el dios verdadero: fundado, cimentado en sí mismo. Pero, por su naturaleza misma generadora y capaz de concebir (*Ometecuhtli*, *Omecíhuatl*), comenzó a actuar. Engendró cuatro hijos, como un primer desdoblamiento de su ser dual. Fue desde ese momento “madre y padre de los dioses”. Y como la creación de esos hijos tuvo lugar “cuando aún era de noche”, en un principio, las cuatro nuevas fuerzas recibieron el nombre de *Tezcatlipocas* (espejos que ahúman). *Ometéotl* siguió actuando por sí mismo y a través de sus cuatro hijos: “se tendió” (*ónoc*) en lo que iba a ser ombligo del universo (*tlalxicco*) para “darle verdad”, sostenerlo, y permitir a sus hijos comenzar las varias edades del mundo. En cuanto “espejo que hace mostrarse a las cosas” (*Tezcatlanextia*), hizo posibles las varias creaciones del sol. En las cuatro edades o soles que nos han precedido dio siempre “verdad” (cimiento) a lo que sus hijos hacían. Quizá dirigió también la oculta dialéctica implicada en las luchas y cataclismos que tuvieron lugar en el mundo.

En nuestra edad, que es la del sol de movimiento (*Ollintona-tiuh*), logra la armonía de los cuatro elementos y da “verdad” a un mundo en el que el tiempo se orienta y espacializa en razón de los cuatro rumbos del universo. Aparentemente —a los ojos de los *macehuales*— los hijos de *Ométeotl* se han multiplicado en número creciente. Sin embargo, si bien se mira, todos los dioses, que aparecen siempre por parejas (marido y mujer), son únicamente nuevas fases o máscaras con que se encubre el rostro dual de *Ometéotl*. De día su fuerza se concentra y da vida por medio del sol; entonces se le llama *Tona-tiuh* (el que va haciendo el día), *Ipalnemohuani* (aquel por quien se vive), *Tezcatlanextia* (espejo que hace mostrarse a las cosas), *Citlallatónac* (astro que hace lucir a las cosas), *Yeztlaquenqui* (el que está vestido de rojo), que para los aztecas vino a ser el dios guerrero *Huitzilopochtli*. Por la noche se hace invisible e impalpable, *Yohualli-ehécatl*; es *Tezcatlipoca*, en relación con la luna, espejo que ahúma las cosas; es también *Citlalinicue*, faldellín luminoso de estrellas con que se cubre el aspecto femenino de *Ometéotl*; es finalmente *Tecolliquenqui* (la que está vestida de negro).

Respecto de la tierra, a la que ofrece apoyo, es *Tlallamánac* (la que sostiene a la tierra); en cuanto hace aparecer sobre ella las nubes

y los cielos es *Tlallichcatl* (el que la cubre de algodón). Estando en el ombligo de la tierra es *Tlaltecuhтли* y, en su función de madre que concibe la vida, es *Coatlícue* o *Cihuacóatl* (la del faldellín de serpientes o mujer serpiente) que, como se mostró en la sección cosmológica, siguiendo a Justino Fernández, es símbolo maravilloso de la tensión creadora de *Ometéotl*.

Como un aspecto del principio vivificador —*Ipalnemohuani*— es *Chalchiuhtlatónac* (el que hace brillar a las cosas como jade). Bajo el nombre de *Tláloc* hace su ingreso al lado de los cuatro primeros hijos de *Ometéotl* y es señor de las lluvias y fecundador de la tierra. Su comparte es *Chalchiuhtlicue* (la del faldellín de jade), señora de las aguas que corren, del mar y de los lagos.<sup>81</sup> En relación con los hombres *Ometéotl* es “nuestra madre, nuestro padre”, *Tonacatecuhтли*, *Tonacacihuatl* (Señor y Señora de nuestra carne y nuestro sustento), “el Dador de la vida”, que envía a los hombres al mundo y les mete su destino en el seno materno:

Se decía que desde el doceavo cielo  
a nosotros los hombres nos viene el destino.  
Cuando se escurre el niñoito  
de allá viene su suerte y destino,  
en el vientre se mete,  
lo manda el Señor de la dualidad.<sup>82</sup>

Finalmente, como símbolo de lo impalpable y señor del saber y las artes —de lo único verdadero en la tierra—, se personifica *Ometéotl* en la figura legendaria de *Quetzalcóatl*, que en la *Historia de los mexicanos* ocupa ya el sitio del *Tezcatlipoca* rojo y que en un viejo texto del *Códice florentino* aparece como sinónimo de *Ometéotl*, recibiendo los títulos de inventor y creador de hombres (*in teyocoyani*, *in techihuani*):

<sup>81</sup> Literalmente se dice en un texto del *Códice florentino*, lib. VI, f. 34r, que “la madre y padre de los dioses... es la que está en las aguas color de pájaro azul, el que está encerrado en las nubes...”

<sup>82</sup> *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 175v; AP I, 38.

¿Es verdad acaso? ¿Lo mereció el señor, nuestro príncipe,  
*Quetzalcóatl*, el que inventa hombres, el que los hace?  
¿Acaso lo determinó el Señor, la Señora de la dualidad?  
¿Acaso fue transmitida la palabra?<sup>83</sup>

Por lo que se refiere a la misteriosa región de los muertos (*Mictlan*), sabemos también que expresamente se afirma de *Ometéotl* que “habita en las sombras” de ese lugar, encubriendo su doble faz con las máscaras de *Mictlantecuhtli*, *Mictēcacīhuatl* (Señor y Señora de la región de los muertos).

Se ha comprobado así —sobre la evidencia de los textos nahuas— que, de hecho, toda la oscura complejidad del panteón náhuatl comienza a desvanecerse al descubrirse, siempre bajo la máscara de las numerosas parejas de dioses, el rostro dual de *Ometéotl*. No negamos que en la religión popular se tuvieron por dioses, en número siempre creciente, a los muchos principios o “señores” de la lluvia, del viento, del fuego, de la región de los muertos, etcétera. Mas, como ya se ha visto, los *tlamatinime*, superando un tal politeísmo, como tan acertadamente escribió Torquemada,

quisieron entender en esto haber Naturaleza Divina (*sic*) repartida en dos dioses (dos personas), conviene saber Hombre y Mujer...<sup>84</sup>

Y es que en su búsqueda de un símbolo, para mostrar “con flores y cantos” el origen de todas las cosas y la misteriosa naturaleza de su creador “invisible como la noche e impalpable como el viento” (*Yohualli-ehécatl*), acuñaron el más profundo de todos sus difrasismos: *Ometecuhtli*, *Omecīhuatl* (Señor y Señora de la dualidad). Indicaron así lo que sólo con metáforas puede vislumbrarse. Más allá de todo tiempo, cuando aún era de noche; más allá de los cielos, en el *Omeyocan*, en un plano a-temporal, *Ometéotl Moyocoyani*, el dios dual, existe porque se concibe a sí mismo, porque se está concibiendo

<sup>83</sup> *Códice florentino*, lib. VI, f. 120r; *AP I*, 39. Es interesante notar que Seler, en un estudio titulado “De Hauptmythus der mexikanische Stämme”, en *Gesammelte Abhandlungen...*, v. IV, p. 98-156, ensaya la unificación de varias divinidades nahuas en la figura de *Quetzalcóatl*, que aparece como el símbolo tolteca del saber inescrutable del principio dual.

<sup>84</sup> Fray Juan de Torquemada, *op. cit.*, t. II, p. 37.

siempre en virtud de su perenne acción ambivalente: *Ometecuhtli Omecíhuatl*. Y continuando luego la proyección metafórica: flor y canto, fueron señalando con diversos nombres el influjo y la acción de *Ometéotl* en todo el *Cem-a-náhuac* (el mundo).

El panteísmo que en esto pudiera haber lo describiríamos, en todo caso, sirviéndonos de una voz híbrida, pero lo suficientemente expresiva, como una *omeyotización* (dualificación) dinámica del universo. O sea que, para el pensamiento náhuatl, dondequiera que hay acción, ésta tiene lugar gracias a la intervención del supremo principio dual. Se necesita siempre un rostro masculino que actúe y uno femenino que conciba. Tal es —según parece— el origen de las numerosas parejas de dioses: simbolizan en todos los campos la actividad de *Ometéotl*. Generación-concepción son los dos momentos aunados en el dios dual, que hacen posible su propia existencia y la de todas las cosas. Desde un punto de vista dinámico, es cierto que todo lo que existe recibe su *verdad*: su cimiento, de esa generación-concepción a-temporal que es *Ometéotl*. En este sentido es exacto decir que “lo único verdadero es *Ometéotl*”; todo lo demás “es como un sueño”. Pero frente a esto, que pudiera describirse tal vez como una peculiar especie de “panteísmo dinámico”, está la afirmación expresa del hombre que, no obstante descubrirse cimentado en el Señor de la dualidad, reconoce la trascendencia de éste, afirmando que es invisible como la noche e impalpable como el viento (*Yohualli-ehécatl*). Existe, asimismo, la distinción de personalidades que hace preguntarse al hombre si algún día podrá vivir con el Dador de la vida, en su casa de donde provienen flores y cantos, o si es que, por desgracia, al fin todos “perecemos en ella” (*tipolihui ye Ichan*).<sup>85</sup>

No es, por consiguiente, adecuado aplicar meramente una etiqueta de “panteísmo” a la concepción teológica de los *tlamatinime*. Es más exacto afirmar que, en su afán de decir “lo único verdadero en la tierra” con flores y cantos, trataron de aprisionar en una metáfora el más hondo sentido del manantial eterno de potencia creadora que es Dios. Por esto pudieron decir con flores y cantos que *Ometéotl* era “nuestra madre, nuestro padre”, dador de la vida,

<sup>85</sup> Ms. *Cantares mexicanos*, f. 5v.

“cabe quien está el ser de todas las cosas”, invisible e impalpable. Y es que, dando verdad a cuanto existe, actúa en todas partes: es *Tloque Nahuaque*. Pero, considerado en sí mismo, no puede percibirse: es noche y viento, *Yohualli-ehécatl*. Tal es, en resumen, el alma del pensamiento teológico náhuatl, forjado no a base de categorías abstractas, sino con el impulso vital que lleva a la intuición de la poesía: flor y canto, lo único capaz de hacer decir al hombre “lo verdadero en la tierra”.

Sólo resta añadir una última consideración. Quizá como una resonancia de un pensamiento anclado en la dualidad de *Ometéotl* nos encontramos en la lengua náhuatl, como una especie de necesidad, el *difrasismo*. Los nahuas, cuando quieren describir más cabalmente cualquier cosa, mencionan siempre dos aspectos principales de ella, como para lograr que de su unión salte la chispa que permita comprender. Su tendencia intuitiva los llevó así a forjar designaciones especiales para suscitar en la mente humana la *visión* no abstracta y fría —como la *idea aristotélica*— sino rica en contenido, viviente, dinámica y, al mismo tiempo, de valor universal. Los siguientes ejemplos —clásicos difrasismos—, flor y canto, hablarán por sí mismos:

*in cuéitl in huipilli*: la falda, la camisa: la mujer vista en su aspecto sexual.

*in ahuéhuetl in póchotl*: el sabino, la ceiba: la autoridad, en cuanto ofrece protección.

*in chalchihuitl in quetzalli*: el jade y las plumas finas: la belleza.

*in atl in tépetl*: agua y cerro: el pueblo.

*topco petlascalco*: en morral y en caja: en secreto.

*tlilli tlapalli*: tinta negra y roja: escritura o sabiduría.

Se podrían dar otros muchos ejemplos, como los que nos han ido saliendo al paso: *in topan in mictlan*: lo que nos sobrepasa, la región de los muertos (el más allá metafísico); *Yohualli-ehécatl*: noche-viento (la trascendencia de Dios), y, por último, *in xóchitl in cuícatl*: flor y canto (la poesía), que como lo hemos visto es “lo único verdadero en la tierra”.

Ésta es quizá una de las más obvias resonancias de la concepción dualista y ambivalente de *Ometéotl*. Es posible que haya otros campos



donde el dualismo resuena también, mas los límites de este trabajo nos impiden adentrarnos en su estudio. Por ahora, después de haber atisbado un poco los secretos de la teología náhuatl, y sospechando que lo que conocemos es sólo una parte, tal vez insignificante, de las profundas especulaciones de los *tlamatinime* acerca de la divinidad, pasaremos al estudio de los textos que nos presentan la imagen filosófica náhuatl del hombre.